

encerrada su capital. Trevisa, Vicenza, Verona, Padua y Brescia habíanse sometido sucesivamente á ella y la misma Rávena constituía una avanzada veneciana al Sur; así es que en 1492 Venecia se extendía desde el Adriático al Adda, desde el Po á los Alpes Cadóricos, formando un Estado compacto, bien constituido, apoyado en una potencia marítima, mercantil y colonial todavía imponente. Sin dejar de ser republicana, su constitución seguía la misma marcha que todas las constituciones europeas; en efecto, difícilmente se encontraría en otra parte una unidad más fuerte que la de aquel cuerpo gubernamental, que componían el Senado, el Consejo de los Diez, los inquisidores, etc. Tampoco en ninguna parte se encuentra una política más consecvente; aquella política enteramente anónima, porque á duras penas pueden citarse en ella nombres propios, hace pensar en las de las órdenes religiosas.

A pesar de todo, no eran posibles en Venecia ulteriores engrandecimientos: tenía en contra suya á la casa de Austria, que pesaba en Italia por los derechos del Imperio, y era temible para ella el Papa con su doble espada. Cierta que habría podido ensancharse por la parte del Milanesado, pero quiso la mala fortuna que en aquel mismo momento pusiera en éste sus ojos Francia. En medio de todas las combinaciones con que hubo de luchar, lo sorprendente es, no que Venecia no se extendiera, sino que mantuviera su integridad.

En 1492, los venecianos guardaban una actitud reservada. ¿Abrigaban ciertos propósitos respecto de Italia? ¿Tendían al Imperio, «á ejemplo de los romanos,» como suponía por modo extraño el humanista Pedro Mártir, ó querían simplemente, en interés de su comercio, adquirir algunos puertos en el Mediterráneo? Lo cierto es que negociaban con todo el mundo, que trataban de influir en el Estado Napolitano y que continuamente tenían embajadores en Francia.

El Milanesado, Estado más que región, es el territorio más vasto de cuantos ha logrado fundar el condottierismo y el tipo por excelencia de los Estados de esta clase, tanto con los Visconti como con los Sforza. Allá por el año 1492 extendiase casi desde los Alpes hasta el Po y desde el Sesia hasta el Adda; Plasencia y Parma estaban comprendidas en él y tenía avanzadas puestas hasta en Pietra Santa y Pontremoli, que los Sforza disputaban á los florentinos. Toda la vida y todo el poder de aquel ducado descansaban en la fuerza militar y principalmente en el genio del príncipe, verdadero príncipe de Maquiavelo antes de la carta. La capital, más que Milán misma, era el castillo de Milán, á la vez palacio, heredad y fortaleza, en donde algunos duques vivieron encerrados durante todo su reinado, dominando desde allí su ciudad y sintiendo é inspirando terror al mismo tiempo. Fué también asilo contra los ataques del exterior. Los príncipes no sólo eran acechados y espiados por sus súbditos (en ninguna parte hubo más conspiraciones que en el Milanesado), sino que además tenían enemigos por todos lados: al Este, Venecia; al Norte, los suizos que codiciaban ardientemente el valle del Tessino; al Sur, Florencia, alarmada por los progresos de los Sforza hacia el Apenino central, y al Oeste, el ducado de Saboya, que, aunque no parecía en estado de obrar por su propio impulso, tenía detrás de sí á Francia, soberana de Saluces. Pero lo que más

habían de temer los duques eran las pretensiones de los Orleáns, descendientes de los Visconti, los cuales, por su posesión del Astesán, hallábanse establecidos á pocas leguas de Alejandría.

Los Sforza se habían apoderado del ducado á mediados del siglo xv; Juan Galea María Sforza reinaba en 1492, pero su tío Ludovico el Moro gobernaba en su nombre y se había encargado de guardar para él el título ducal. Ludovico estaba dotado de vasto y agudo entendimiento y lo mismo podía comprender á Leonardo de Vinci ó á Bramante que concebir los más hábiles planes políticos; pero esta cualidad resultaba empuñada por lo que tenían de viciosa su alma y de mezquino su carácter. Aquella inteligencia tan notable carecía de consecuencia: Ludovico no se entregaba jamás á nadie, y sin embargo, mudaba incesantemente de parecer. Tenía en su política una mancha que nada podía borrar, su origen, pues procedía de una doble usurpación, la de los Sforza y la suya propia. A encubrir esta situación irregular dedicó todos sus esfuerzos, y todos los móviles de su política tendieron á complicar á su alrededor las cosas lo bastante para que su personalidad se disimulara detrás de las nubes amontonadas. Los italianos del siglo xvi sintieron por su política un respeto increíble, lo cual es una prueba más de que el condottierismo estaba en el fondo del alma italiana.

La situación particular de Ludovico fué una de las causas determinantes de las guerras de Italia.

En 1494, el ducado de Saboya apenas podía contarse entre los Estados italianos: los duques poseen el Piamonte, Niza, Saboya, el Faucigny, el país de Vaud-la Bresse y el Bugey, de suerte que su centro de gravedad está más bien al Norte que al Sur de los Alpes; pero los acontecimientos les empujaron poco á poco hacia la península. No podían pensar en extenderse hacia el Oeste desde que habían pasado á Francia el Delphinado, Provenza y Borgoña, ni hacia el Norte desde que el Franco-Condado había pasado á ser austriaco y Suiza constituía un Estado militar de primer orden. En el siglo, xvi comenzarán los duques aquella política de balancín entre Francia y Austria que un día les dará tan buenos resultados.

Mucho se habla de Génova en la historia del siglo xv, pero á la manera que se hablará de Polonia en la del siglo xviii. Aquella República, combatida de continuo por conflictos interiores é incapaz de vivir por sí misma, se entrega á todo el mundo sucesivamente: Francia, el Milanesado y el Piamonte la poseen, la pierden y la recuperan.

Sigue luego una serie de ciudades ó de principados sin más valor que el que tenían sus príncipes: al Norte, el marquesado de Saluces, vasallo de Francia, los marquesados de Montferrato y de Mantua, miembros más ó menos dependientes del Imperio, en el centro el ducado de Ferrara. Después vienen algunas unidades minúsculas: Urbino de los Montefeltro; Rimini y Faenza, de los Malatesta; Faenza é Imola, de los Manfredi, de los Pico; Bolonia de los Bentivoglio. Todas estas entidades representaron su papel en la historia de Italia durante los siglos xv y xvi; todas contribuyeron á mantener las divisiones y á dificultar las concentraciones, pero sólo indirectamente fueron tenidas en cuenta



CARLOS VIII

(Copia sacada de la colección de Gaignières)

por la política europea. Un Bentivoglio y un Gonzaga fueron utilizados del mismo modo que lo eran en Alemania un duque de Güeldres ó un landgrave de Hesse, es decir, como auxiliares de una diplomacia, ó bien se les admitió como generales cuando tenían talento ó disponían de algunos soldados: de esta manera volvían á su origen, al condottierismo.

Es digno de notarse que en Italia, en aquel centro de la cristiandad, el clero, aun como tal, desempeñara un papel muy secundario, hasta el punto de que no se oirá hablar de un solo gran obispo. Aparte de que las circunscripciones episcopales no correspondían á estas divisiones políticas.

De suerte que aquel país, en el que se ha querido ver al creador del mundo moderno en todas sus manifestaciones, ofrece el cuadro de una organización empírica, atrasada en muchos conceptos. Nuestra Europa política y social no ha salido de allí en manera alguna. En cuanto á un espíritu nacional italiano, no puede negarse en absoluto su existencia: formóse, en gran parte, con el odio al extranjero, pero también permaneció diseminado, disperso.

Lo mismo podemos decir del espíritu militar: no pocas cualidades guerreras indiscutibles se perdían en el particularismo; había allí soldados y jefes, pero no había nación armada.

Hasta fines del siglo xv, Italia había sido dueña de sus destinos: en el exterior no había tenido más que un enemigo común; el Turco, pero nada hizo contra él, como nada hicieron los príncipes occidentales. Acostumbrada á ver que las rivalidades intestinas y las cuestiones de sucesión se resolvían en ella por medio de compromisos, no sospechó que pudieran ser para ella un peligro las pretensiones que algunos reyes extranjeros habían de hacer valer sobre ciertas partes de la península, y no comprendió que detrás de estos reyes estaban los Estados por ellos regidos y que éstos constituían una fuerza completamente nueva.

Durante el siglo xv, los Estados italianos no habían cesado de luchar unos contra otros, pero su política no había tenido la menor fijeza. Venecia, Milán, Roma, Florencia y Nápoles se habían sucesivamente aliado, combatido y aproximado.

En vísperas del año 1492, las combinaciones diplomáticas eran más inestables que nunca; dos príncipes, sobre todo, sentíanse ó creíanse amenazados: Fernando de Nápoles tenía que contar con el papa Alejandro VI, con los venecianos, con Ludovico Sforza, y no ignoraba que un gran número de señores en otro tiempo sublevados contra él y luego refugiados en Francia excitaban á Carlos VIII á que hiciera valer sus derechos sobre el reino.

Ludovico no ignoraba que multitud de milaneses estaban dispuestos á sublevarse en favor de Juan Galeazo María Sforza y que él se encontraba aislado en Italia.

Estas complicaciones no tenían, en sí mismas, mayor gravedad que todas las anteriores; el único hecho nuevo fué que Carlos VIII estaba, por fin, resuelto á obrar, sin que en su resolución influyeran gran cosa los repetidos llamamientos que con dicho objeto le dirigieron algunos italianos, porque en realidad no necesitaba que le estimularan.

TOMO III

III.—Los antecedentes de la cuestión italiana

¿Era preciso, por consiguiente, hacer valer los derechos sobre Nápoles y dirigir nuestra política hacia la península italiana? Esta es una de las cuestiones graves de nuestra historia (1).

«Casi todos los historiadores se han mostrado severos con Carlos VIII, de una severidad rayana en injusticia. Si hubiéramos de darles crédito, la expedición á Italia no habría sido sino el resultado de las quiméricas ambiciones del joven rey, inspirado é impulsado á las aventuras por Ludovico el Moro. Y sin embargo, nada más contrario á la verdad: la empresa de Nápoles es la consecuencia fatal de una atracción que desde hacía dos siglos pesaba en la mente de nuestros reyes, obligándoles á tener casi incesantemente puesto el pensamiento en Italia.» Así se expresa uno de los últimos historiadores de la expedición de Carlos VIII, M. Francisco Delaborde. La tesis está concretamente planteada y en torno de ella se agrupan muchos eruditos que, en libros, folletos y artículos la han explorado en todos sentidos.

Los historiadores que opinan que nuestra intervención en Italia fué legítima y conforme con la dirección natural ó con los intereses de nuestra política, hacen observar que desde fines del siglo XIII se inician relaciones entre Francia y aquella península con la conquista del reino de Nápoles por el hermano de San Luis, Carlos de Anjou; que esas relaciones continúan con la intervención momentánea de Felipe el Hermoso y con las tentativas de su hermano Carlos de Valois ó de su sobrino Felipe en 1319 (2); y que hacia fines del siglo XIV se establecen de nuevo contactos muy frecuentes entre uno y otro lado de los Alpes, tales como el proyecto de creación, por el papa Clemente VII, de un reino de Adria en favor del duque Luis de Anjou, el matrimonio de Luis de Orleans, hermano de Carlos VI, con Valentina, hija de Galeazo Visconti (1389), las expediciones á Nápoles de Luis I de Anjou, adoptado en 1380 por Juana I de Nápoles, y de su hijo Luis II, desde 1390 á 1400, y por último la adquisición de Génova por Carlos VI en 1396. De modo que á principios del siglo xv, Francia tenía por tres lados lazos de unión posibles con Italia: por los Anjou en Nápoles, por los Orleans en Milán y por el rey en Génova (3).

Carlos VII casó con María, hija de Luis II de Anjou; pero hartó ocupado en Francia, nada hizo allende los Alpes. Sólo después de 1450 realizáronse algunos actos positivos, como, por ejemplo, en 1452 la liga de Montils-les-Tour, entre el rey, Milán y Florencia, liga en la que algunos historiadores ven una especie de preludio de futuras expediciones, y en 1458 la reconquista de Génova.

El delfín Luis, durante su gobierno del Delfinado, entabló, en 1446 y 1453, negociaciones para el reparto del Milanésado, pero no insistió mucho en ellas; y apenas muerto Carlos VII, el nuevo rey renunció á la polí-

(1) Véanse el *Charles VIII*, de Delaborde, citado anteriormente, y la introducción y el capítulo primero de la obra de L. G. Pelissier, *Louis XII et Ludovic Sforza*, 1896. P. M. Perret, *Histoire des Relations de la France avec Venise*, dos volúmenes, 1896.

(2) Véase el tomo II, págs. 224 y siguientes; 235 y siguientes; 318 y siguientes.

(3) Véase el tomo II, págs. 256 y siguientes.

tica del delfín. «Luis XI, consagrado por entero á su política de unificación de Francia..., ajustaba su política exterior á las exigencias de su política interior (1).»

Las cosas no variaron hasta las proximidades del año 1492; ya hemos visto cuán ocupada había estado con los trastornos interiores la regente, la cual se limitó á apoyar en 1486, aunque de un modo muy platónico, las pretensiones de Renato II de Lorena sobre Nápoles, y á mantener, en 1486-1488, la soberanía sobre el marquesado de Saluces. «Los que gobiernan quieren evitar las aventuras lejanas,» decía el embajador de Florencia. Por otra parte, era aquella la época de los asuntos de Bretaña y de las más intrincadas complicaciones, y á unos y otras dedicóse Ana por entero hasta 1491.

Tales son los hechos de alguna importancia ó significación ocurridos durante dos siglos. ¿Hay derecho para decir, como alguien ha dicho, que estos hechos arrastraban irresistiblemente á la monarquía francesa hacia Italia? En nuestro concepto, no. En primer lugar, hay en esta historia multitud de documentos cuyo valor se desnaturaliza á fuerza de aumentarlo (2); y si los hechos seriamente comprobados parecen, á primera vista, formar un grupo imponente, no debe olvidarse que se distribuyen en un período de doscientos veinticinco años. ¡Y en estas tentativas desmenuzadas y separadas á menudo por intervalos de un cuarto de siglo se quiere ver una continuidad de dirección casi persistente!

Con el mismo derecho podría deducirse de las relaciones con los demás países, con Alemania por ejemplo, que el pensamiento de nuestros reyes estaba constantemente fijo en el Este. Un historiador ha escrito (3): «Puede decirse que con el advenimiento de Felipe Augusto, las relaciones entre Alemania y Francia entran en un nuevo período, en el de la agresión declarada, del esfuerzo constante de nuestros reyes para reconquistar lo que consideran como suyo al Este del reino.» Y sin embargo habrá de confesarse que la expedición del delfín Luis al Este en 1444, la anexión del ducado de Bar laboriosamente preparada por Luis XI y toda la política de Borgoña son cuando menos actos tan tendenciosos como los que por el lado de Italia se han señalado.

Pero hay más todavía: la suma de los hechos por los cuales se quiere probar la impulsión hacia Italia, no es exacta, puesto que para formarla se adicionan unidades de especie diferente. Cuando Carlos de Anjou conquista Nápoles, cuando Luis ó Renato quieren apoderarse nuevamente de este reino, cuando Luis de Orleans se casa con Valentina Visconti y hasta cuando Luis el delfín, en rebelión latente y constante contra Carlos VII, su padre, lleva algo de su agitación al otro lado de los Alpes, ¿dónde está la acción del gobierno? Y si se descuentan todas estas tentativas de príncipes, verdaderas aventuras individuales, ¿á qué se reduce la «acción monárquica» durante dos siglos?

Sostener la teoría que combatimos, sería perpetuar un error histórico, no sólo á propósito de los orígenes

(1) Véase el tomo II, págs. 759 y siguientes, y las págs. 25 y siguientes del presente tomo.

(2) Tal es el caso, para no citar más que uno, de la creación del reino de Adria en 1379.

(3) Leroux, *Recherches critiques sur les relations de l'Alemagne avec la France*, de 1297 á 1378, 1882, pág. 32.

de las guerras italianas, sino además á propósito de la marcha general y del sentido de las cosas en nuestro país. Francia ha sido feudal durante siglos, y aquel fué el tiempo de los esfuerzos dispersos, el tiempo durante el cual más que la Francia obraban los franceses. Ahora bien: Francia, después de Carlos VII, fué monárquica, y la monarquía no había de dejarse comprometer por la política exterior de los Anjou y de los Orleans, como no debía preocuparse, al anexionarse los Estados de éstos, de mantener las tradiciones de su administración.

En resumen; es cierto que Carlos VIII ó sus consejeros no fueron los primeros en dirigir sus miradas á la península italiana; que los dos países habían estado en relaciones varias veces; que existían algunos lazos, derechos eventuales, pretensiones posibles, y que en alguna ocasión nuestros reyes ó algunos de sus súbditos habían pensado en aprovecharse de estas pretensiones y de aquellos derechos; pero esto era todo.

La política de los reyes capetos consistía en el engrandecimiento territorial dentro de la zona francesa; y los últimos grandes triunfos de esta política habían sido la adquisición del ducado de Borgoña, después de la muerte de Carlos *el Temerario*, en 1477, y en 1491 el matrimonio de Carlos VIII con Ana de Bretaña que preparaba la reunión á la corona del último de los grandes feudos. De ello habían resultado complicaciones internacionales por haberse casado María, hija de Carlos *el Temerario*, con Maximiliano de Austria y haber muerto dejando un hijo, heredero de las reivindicaciones sobre la Borgoña. Además, Maximiliano, á partir de 1488, había pretendido la mano de Ana de Bretaña, y dentro de esta política hostil al rey de Francia, había formado una coalición con Inglaterra y España, coalición que duraba todavía en 1462. Carlos VIII tenía, pues, en qué ocupar sus fuerzas en su propio reino ó fuera de él, y había de conservar y consolidar las adquisiciones recientes. Preciso era evidentemente tener una imaginación enfermiza con una supervivencia de ideas y de quimeras medievales para tratar, en situación semejante, de resucitar los derechos de los Angevinos sobre Nápoles y soñar con la conquista de Constantinopla.

IV.—Estado de las potencias hacia el año 1494

En aquella aventura italiana, Carlos VIII había de encontrar necesariamente coligadas contra él á las potencias que precisamente entraban en el período de su gran desarrollo. Preciso es, pues, para la inteligencia de los sucesos que han de desenvolverse, describir el estado en que estas potencias se encontraban cuando comenzaron las guerras de Italia.

En Alemania, ni la situación territorial del Imperio ni su constitución política habían sufrido, desde el siglo XIII, modificación alguna en cuanto al derecho y á la teoría; pero en la realidad habíase producido en ellas varios cambios. Al Oeste, los Países Bajos seguían figurando, aunque sólo de nombre, entre las tierras del Imperio; la casa de Borgoña les había dado una existencia aparte. La Lorena, la Alsacia y el Franco-Condado permanecían unidas más estrechamente al Imperio, pero Suiza era de hecho independiente. Al Sur, los príncipes de Saboya no debían acordarse de los lazos que al Imperio les ligaban más que en las ocasiones en

que tal recuerdo les interesaba para ir contra Francia. De modo que entre Alemania y Francia se encontraba siempre la zona indecisa en donde podían abrirse toda clase de perspectivas.

En Italia, Mantua, Módena, Padua y Verona eran todavía consideradas como dependientes de los emperadores, y Maximiliano y Carlos V darán ó venderán la investidura del Milanésado. El mismo Carlos V no renunciará á la quimera de la coronación por el papa, ni á la ambición de dominar la Italia ó de adquirir en ella territorios. Al Nordeste, el Imperio se mantenía estacionario, á consecuencia de los primeros progresos de la Moscovia bajo el gobierno de Iván III, el cual aún rechazaba á los alemanes hacia el Oeste.

Encerrado geográficamente, el Imperio había perdido la supremacía en Europa y su derecho eminente sobre las coronas ya no era reivindicado sino como un argumento diplomático en las negociaciones ó como un medio de gobierno cerca de la Dieta.

La unidad de Alemania estaba representada por el emperador, á quien elegían los siete príncipes electores, y sobre todo por la Dieta que, desde el siglo XV se reunía con bastante regularidad y que durante el reinado de Maximiliano deja sentir su acción á cada momento. En aquel marco se agitaban elementos de toda clase: las ciudades libres imperiales, los principados eclesiásticos, aún muy numerosos, la nobleza inmediata, ó sea la que sólo dependía del emperador, y la mediata, es decir, la que dependía de un príncipe; pero en medio de aquel caos surgían algunas casas de príncipes que comenzaban á organizar sus territorios y sus gobiernos, mientras, por otra parte, la clase media se desarrollaba. Entonces la innumerable pequeña nobleza sintióse como ahogada y no tuvo más medio de vida que la actividad militar; de ella saldrán los caballeros andantes de los comienzos de la Reforma, los Goetz de Berlichingen, los Franz de Sickingen, que lo mismo servirán al extranjero que al Imperio.

Algunos de estos elementos, todos históricos y tradicionales, que ya no respondían al estado de Europa, explican la debilidad del Imperio: príncipes, eclesiásticos, ciudades, nobles, todos subsistirán en él dificultando toda centralización administrativa.

Mucho más importantes son las casas soberanas, dueñas de verdaderos Estados, antiguas unas, como los Wettin de Sajonia y los Wittelsbach de Baviera, y modernas otras, como las familias de Hesse, de Wurtemberg y los Hohenzollern, convertidos en electores de Brandenburgo.

Otros Estados, en apariencia mucho menos poderosos, como el Landgraviato de Hesse y los dominios de Cléveris, Berg y Juliers, habían de desempeñar, aunque momentáneamente, un gran papel entre el Imperio y Francia.

En el momento en que iban á comenzar las guerras de Italia, una de las casas soberanas de Alemania, la casa austriaca de los Habsburgo, conquistada el primer puesto en Alemania; el Estado por ella fundado fué uno de los más extraordinarios y durante algún tiempo uno de los más poderosos que haya habido en la historia de Europa.

El archiducado de Austria, la Estiria, la Carintia, la Carniola, Trieste y el Tirol, dominios dispersos en

Suabia y en Alsacia, encontráronse reunidos en manos primero de Federico III y después de Maximiliano (1493-1519). La política de unificación se completó y á veces se complicó por la política de casamientos: el casamiento con María de Borgoña, que aseguraba á Maximiliano ó á su hijo Felipe *el Hermoso* los Países Bajos, el Artois, el Franco-Condado; y el de Felipe *el Hermoso* con Juana *la Loca*, hija de Fernando é Isabel (1496), que prometía á los Habsburgo la sucesión de España. Finalmente, la corona imperial iba á ser de hecho hereditaria en su casa. Así pues, anunciábase una gran potencia, aunque en realidad mal cimentada; y si hubiese podido disciplinar la Alemania, habría sido la dueña de Europa, porque en Alemania había en las ciudades y en las corporaciones toda clase de energías. El alemán



Medalla con el retrato del emperador Federico III

del siglo XVI es un individuo dotado de una actividad casi violenta: Lutero, Ulrico de Hutten, Franz de Sickingen y Goetz de Berlichingen son hombres dotados de una personalidad potente y el papel de los lansquenets en los ejércitos europeos es tan considerable, en el siglo XVI, como el de los suizos.

Pero precisamente en estas energías locales ó individuales estaba la resistencia á la disciplina. Maximiliano trató de constituir un gobierno de imperio, pero fracasó en su tentativa.

¿Cuál iba á ser la política extranjera? Varios caminos se abrían ante ella: defender el Imperio contra los turcos, mantener sus derechos sobre los territorios del Oeste, resucitar las pretensiones sobre Italia y reanudar la cuestión de Borgoña. Maximiliano emprendió todos estos caminos y lo propio hizo después de él Carlos V, pero sólo en interés de la dinastía, no en interés del Imperio, pues uno y otro no se sirvieron de su título imperial más que para utilizarlo en pro de la grandeza de Austria.

Al Oeste, no cesaron en sus tentativas para recobrar las porciones desprendidas de la herencia borgoñona en parte usurpada por Luis XI; de modo que el Austria estaba destinada á encontrarse en constante oposición con Francia.

En Inglaterra, la constitución territorial continuaba tal como la constituyeran los reyes de la Edad media (Inglaterra, Irlanda, País de Gales); Escocia permanecía siendo independiente y hostil. La pérdida de las posesiones de Francia, excepción hecha del lazo de unión de Calais, orientaba á la política inglesa hacia